

desigual reparto y acceso a los mismos, que puede llegar a ser en muchos casos material de apropiación y enriquecimiento de las minorías opresoras<sup>16</sup>.

De donde cabe concluir que si toda ayuda a los países sin desarrollar es poca, toda precaución en el cómo se proporcione tal ayuda es también poca. Si es cierto que el infierno está empedrado de buenas intenciones, en este caso puede estar empedrado además de ingenuidades y torpezas. Ambas se producen en los casos de la filantropía reblandecida que cree resolver las cosas con ayudas ocasionales o emergentes, al modo como algunos creen paliar la marginación dando limosna a un mendigo. No es mejor método el que intenta aplicar esquemas derivados directamente de ideologías cerradas y totales, cuyos resultados reales son bien conocidos a estas alturas y que, sin embargo, no están del todo muertas, porque la idea de Lenin en *Imperialismo, estadio supremo del capitalismo*, aunque sea insostenible científicamente, «resulta muy útil como banderín de enganche»<sup>17</sup>. Acaso las soluciones mejores sean las técnicas resultantes de un análisis objetivo, aunque no necesariamente frío, de cada situación concreta, los males que han de paliarse y las circunstancias que los provocan.

5. Por supuesto que también aquí se dan tendencias diversas y sucesivas, aunque no siempre excluyentes. Así, desde la década de los cincuenta, en la que se manifiestan el interés y la sensibilidad por estas cuestiones en el plano internacional y entre los países más afortunados, se manifiestan cuatro momentos con énfasis distintos. Entre 1950 y finales de los setenta se pone el acento en el «desarrollo», entendiendo por tal las reformas estructurales y el protagonismo de la acción estatal. Deriva, claro está de los acuerdos de Bretton Woods y mira a un mundo empobrecido por la II Guerra Mundial.

Entre fines de los setenta y 1995 –período en el que por cierto España pasa de ser receptor de ayudas a dador de ayudas–, se opta por la «governabilidad», esto es, el cambio, mejora y estabilidad de las insti-

<sup>16</sup> Es ilustrativo el trabajo de Edmundo Jarquin, *Democracia y Desarrollo: Impacto de la política en el desarrollo, documento presentado en el «Seminario sobre Democracia y Desarrollo», Valladolid, 7 y 8 de marzo de 2002. Son elocuentes los cuadros comparativos que adjunta, basados en datos del Fondo Monetario Internacional, sobre las relaciones entre PIB, Índice de Desarrollo Humano, id de Pobreza (ambos del PNUD), esperanza de vida, educación, índice GINI, corrupción y gobierno eficiente.*

<sup>17</sup> Francisco Cabrillo, *Grandes errores en economía*, Minerva, Madrid, 2001. Es muy recomendable en este sentido la lectura del artículo de Carlo María Santoro, «La tragedia de la modernidad», en Veintiuno, *Revista de Pensamiento y Cultura*, nº 52, Invierno 2001/02, pp. 41 ss.

tuciones; responde al momento de los cambios iberoamericanos y a los que fueron anticipo de la caída del Muro. Se persigue sobre todo el fomento y apoyo de prácticas idóneas de buen gobierno y se debate entre un papel preponderante de los Estados o un papel preponderante de la sociedad<sup>18</sup>. Ciertamente es que en los supuestos de debilidad manifiesta o patologías apreciables en instituciones tales como la Justicia, la seguridad y la policía, la administración financiera, el sistema fiscal y tributario<sup>19</sup>, una función pública eficaz y eficiente, un régimen de libertades públicas, en especial la de información, todo eso, precisa la fortaleza estatal como árbitro y garante<sup>20</sup>, siempre que ello no implique intervención y estatalismo<sup>21</sup>.

De entonces, 1995, a acá el objetivo preferente es la «lucha contra la pobreza», unánimemente proclamada por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional a la vista de los 1.200 millones que viven con menos de un dólar por día y los otros tantos millones que no van a la escuela, todo lo cual representa una cuarta parte de la humanidad. La escasez de oportunidades, la privación de sistemas de seguridad, salud y educación, el paro, la marginación de la mujer se dan como consecuentes. Y cabe añadir que tales situaciones suelen ir siempre acompañadas de exclusión social, falta de participación en la vida pública, intolerancia, opresión y tiranía.

La «lucha» es contra todo eso, pero sin llegar a olvidar que, como algunos estudios realizados por el Banco Mundial han puesto de manifiesto como «el crecimiento económico es bueno para los pobres»<sup>22</sup>. Los avances vienen por ahí, pero están a su vez condicionados por la distribución de la renta preexistente, de modo que en países con gran desigualdad la operación primera sería una redistribución mínima; más aún, como señala J. Alonso<sup>23</sup>: «Si se quiere acabar con la pobreza es necesario impulsar políticas de crecimiento favorecedoras de la equidad social».

Las Naciones Unidas, en esta materia, han propuesto en 2003, *dieciocho Objetivos de Desarrollo Humano del Milenio* de entre los que

<sup>18</sup> V. Alfonso Portabales Vázquez, «La experiencia española en las acciones de transformación del Estado y buen Gobierno.— Desde la óptica de la Cooperación Internacional», en *Retos de la cooperación para el desarrollo, Veintiuno, Colección de Libros, Madrid, 2002, pp. 71 ss.*

<sup>19</sup> El PNUD 2003, p. 80, hace notar que «uno de los mayores problemas de muchos países es que las personas ricas no pagan impuestos directos».

<sup>20</sup> Joan Prats, La rehabilitación del Estado en América Latina, citado por A. Portabales en el artículo referido en la nota anterior 18.

<sup>21</sup> Remito a lo dicho en nota 9.

<sup>22</sup> Estudio de D. Dollar y A. Kray, Growth is good for the poor, Banco Mundial, 2000.

<sup>23</sup> Obra citada en nota 3.

destacan ocho como prioritarios: erradicar la pobreza extrema y el hambre, lograr la educación primaria universal, conseguir la igualdad de género y la autonomía de la mujer, reducir la mortandad infantil, mejorar la salud materna, luchar contra el sida, lograr la sostenibilidad medioambiental y que la globalización lo sea para el desarrollo.

Cabría hablar en el momento actual de una inflexión en el enfoque de la ayuda al desarrollo condensada en un punto principal: la importancia que se concede a la sociedad civil, tanto en los países de ayuda como en los de recepción de la misma; en éstos últimos se procura el protagonismo de los destinatarios, la participación activa de las gentes en los cambios económicos, sociales, culturales, políticos, lo que de paso les hace más críticos y reflexivos con las medidas y no dóciles y pasivos acatadores de lo que los poderes dispongan. En ambos casos, de modo particular en el primero, cabe destacar el cada vez más potente mundo de las ONGI), estimadas con justeza como Tercer Sector.

Los enfoques sucesivos de ayuda no han sido necesariamente excluyentes y dependen del lugar, la situación concreta, las circunstancias y, claro está, las emergencias. Me limitaré a señalar que en la actualidad está superado, aunque no excluido, el puro desarrollo material, las ayudas se extienden a luchar contra la pobreza entendida en ese carácter amplio ya mencionado; adquiere relieve especial la ayuda crediticia, el alivio y condonación de la deuda externa y los programas de cofinanciación pública y privada para afrontar proyectos de mayor envergadura; en fin, no se descuida la sensibilización sobre el desarrollo tanto en países donantes como donatarios. Naturalmente, siguen en pie los auxilios alimentarios y médicos, emergentes o no, para situaciones críticas: ayuda humanitaria y desarrollo sostenido se complementan entre sí<sup>24</sup>.

6. Como afirmaba en mi artículo anterior, «pobreza y desigualdad nos rodean, dentro y fuera de nuestros ámbitos inmediatos. No podemos desentendernos de su alivio y solución. Ni cabe caer en pesimismo y denuncias más ruidosos que eficaces, ni cabe solazarse con lo que ya hacemos<sup>25</sup>, que es sin duda mucho más de lo que se hacía algunos años, no tantos, atrás»<sup>26</sup>. Si cabe confiar en que un mejor conoci-

<sup>24</sup> La Agencia Española de Cooperación Internacional, que inició sus actividades en 1988, ha seguido en general, me parece, las líneas que he enunciado, con dos prioridades no excluyentes, una geográfica: Iberoamérica por razones obvias, y otra sectorial: la llamada gobernabilidad democrática, y siempre, creo, la lucha, con tantas vertientes, contra la pobreza.

<sup>25</sup> Debe señalarse por justicia que la Unión Europea aporta más del 50% de la ayuda mundial al desarrollo.

<sup>26</sup> V. Cuadernos Hispanoamericanos, n.º citado.

miento de los problemas que atañen al mundo, y que es hoy más extenso e intenso que en el pasado gracias a la complitud y rapidez de nuestro sistema comunicacional moderno, ha despertado y mantiene una sensibilidad hacia las injusticias, o la inhumanidad, derivadas de la pobreza y la desigualdad y un ánimo real y práctico de remediarlas<sup>27</sup>, tanto por parte de las organizaciones internacionales –financieras, como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, los bancos regionales de fomento, o no financieras, como las Agencias de Naciones Unidas, las organizaciones regionales para el desarrollo–, los Estados, las Iglesias y sus organizaciones filiales y, lo que es tanto o mejor, por la sociedad, por los particulares, solos o en asociación con aquellas instituciones, logrando una coordinación que haga más eficaces sus tareas. Acaso sea ésta una de las posibles bondades que haya que apuntar a la globalización de nuestro mundo.

(Abril de 2004)<sup>28</sup>

<sup>27</sup> Podrían darse muchos ejemplos. Baste con dos de distinto corte. Rafael Myro decía en El País, 14.7.01, «Globalización y crecimiento económico», que la lucha contra la desigualdad y la pobreza son indisociables de la globalización, que si contribuye al crecimiento, sería inaceptable que no lo hiciese con equidad. Por su parte la Iglesia Católica ha lanzado el concepto de Desarrollo con rostro humano y su organización filial Manos Unidas encabeza su programa trienal 2004-2007 con el lema «Hagamos del mundo la tierra de todos».

<sup>28</sup> Se inserta la fecha final del trabajo como referencia para los datos que en él figuran, siempre cambiantes y dinámicos.